



EL ARTÍCULO DEL DÍA

**José Agustín Goytisolo**  
Escritor.

## Volver a Mali

La invitación de un amigo me llevará a un país donde es seguro que no me darán la paliza con eso del 'mundo islámico', cuya concepción es una tontería tan grande como la del 'mundo cristiano'

**E**s bueno tener amigos influyentes, pero que no sean políticos ni chanchulleros. Estoy leyendo la carta y el billete que acabo de recibir de *mon mec* **Lajine**, desde Tamanrasset, en el Gran Sur argelino. **Lajine** es la autoridad civil más importante de la enorme *wilaya* de Tam, de una superficie mayor que la de España.

Yo conocí a **Lajine** hará unos 23 años en su ciudad natal. Mi amigo escribe. "Ven. Aquí abajo no pasa nada. Es en el norte donde aquellos bárbaros se degüellan y ametrallan por cualquier discrepancia religiosa. No te muevas de El Arrash, el aeropuerto. Te estaré esperando porque quiero ir contigo a cazar muflones a Mali. Ese país está lleno de ellos".

La invitación es para las dos últimas semanas de agosto y la primera de septiembre. Hará un calor de muerte, lo sé de sobra, y el aire seco abrasa: mucho té, pastillas diuréticas y laxantes (el fuerte calor te cierra los conductos excretorios y te hinchas como un globo, pues no se suda). Si hay una tormenta de arena, te puedes poner en pelotas y *ducharte*: los pinchazos te refrescan el cuerpo.

**Lajine** es ahora habitual visitante de Barcelona, pues afirma que le gusta mucho el porte de las mujeres catalanas, y eso hay que respetarlo. Aunque ya le conocía, nos hicimos amigos en una partida de caza: se trataba de disparar sentado en la caja abierta de un Jeep y a toda velocidad, contra muflones, liebres y zorros del desierto en huida. Mi suerte y mi puntería hicieron que **Lajine** me concediera buena nota y me invitara a vivir en su preciosa casa de adobe de Tamanrasset: su otra residencia, la *jaima* de verano, la cambia de un lugar para otro cuando quiere, como buen nómada que es, pero a bordo de un todoterreno.

Fue **Lajine** quien me hizo entrar en Mali. El desierto no tiene fronteras, y menos aún para los tuaregs. Salimos una madrugada en cinco Jeep: "Estamos en Mali -dijo-. Éste habría sido uno de los siete reinos tuareg". En principio, hacia el sur, Mali era como una prolongación del Sahara, pero a unos 200 kilómetros el paisaje cambió. Empezaba el Sahel, enorme zona deshabitada, llena de dunas areniscas y de un barro arcilloso y buenísimo. La temperatura, durante el día, sobrepasaba los 40 grados, pero de noche refrescaba y había que abrigarse. Se duerme en las horas de calor, a mediodía, debajo de la sombra de los todoterrenos, y se viaja de noche, después del té del ocaso.

"Ten, fuma esto: es *hiebe malienne*, la mejor del universo. Es muy sana y, además, afrodisia-



ca". Esta última cualidad de nada me sirvió: sólo vi alguna mujer cruzando a gran velocidad, y lo de los hombres no me tira. Nadie es perfecto. El terreno del Sahel está cubierto por un manto de pelusa de mimosas salvajes enanas, que los dromedarios comen con delectación, lo mismo que hacen con las punzantes acacias secas o con la hierba rala y casi quemada. Los dromedarios parecen idiotas, pero aguantan días y días sin comer ni beber, no se cansan nunca y cargan con lo que les echen encima. Nos cruzamos con dos caravanas que cada año salen de Tombuctú, en busca de la sal mineral del Sudán.

En la hoy República de Mali se asentaron, hace siglos, los imperios de Ghana; luego de Mali, Yatanga y

Sungay, y uno de los siete reinos del Imperio Tuareg. En 1895, Francia integró a Mali en su llamado Gobierno General de África. Hasta 1960, los franceses no les concedieron una semiindependencia política; pero la económica, nunca. Se formó un Gobierno socialista planificado, como en Congo Brazzaville, que duró poco. El *buró político* fue disuelto en 1967, con la interesada ayuda francesa y el respaldo de EEUU y Alemania Occidental. La capital de Mali se situó en Bamako, ciudad que no conozco.

Sí, he aceptado la invitación de **Lajine**: volver a Mali, tomar muchas veces al día las tres coladas de té con menta y escuchar a los tuaregs alrededor de una mínima fogata, chapurreando en francés al anochecer. Sus historias, no sé si verdaderas o fabuladas, son muy hermosas. Primitivamente, el país era el Imperio Mandinga, cuya lengua es, después del francés oficial, la más hablada (le sigue el tuareg o bereber y el árabe).

Los primeros mandinga fueron los keita, los komate y los taraore. Esta última dinastía fue asesinada en una revuelta: sólo se salvó "por el celo y amor de una de sus esclavas", **Sundiata**, heredero menor, llamado después *el rey león*, que devolvió el esplendor al imperio. Su hijo y heredero, **Manga Ulé**, *el rey rojo*, fortaleció su imperio, pero el verdadero esplendor no llegó hasta la subida al trono del emperador **Kango-Massa**, conocido como *el rey de la caballería y de las grandes canoas*, para navegar por el Níger hasta el Atlántico que pretendía dominar. Al llegar al mar se hundió toda la flota de canoas y sólo volvió una, cuyos tripulantes contaron terribles historias de pulpos gigantes y diablos de cuatro brazos. Pese a este revés, **Kango-Massa** organizó una fastuosa peregrinación a La Meca, de la que se trajó arquitectos de la península Arábiga.

Según mis notas, lo que más me fascinó fue la construcción, más que gaudiniana, hecha de barro bueno y de madera: no se derrumba, ya que no llueve ni hay humedad. Este tipo de edificación sirve, incluso, para alzar palacios, que alcanzan hasta los seis pisos.

Lo peor para el país fue cuando pasó a depender del odiado sultán de Marruecos, antepasado de **Has-san II** por parte de no sé quién. En Mali estoy seguro de que no me darán la paliza con eso del *mundo islámico*, cuya concepción es una tontería tan grande como la de hablar del *mundo cristiano*. Esta vez quiero conocer Bamako, la capital, y visitar los riquísimos yacimientos de manganeso, descubiertos hace pocos años. A ver si con ellos el país se sale del hoy de los 90 dólares per cápita.